



BLOOMSDAY SOCIETY

Lectura de *Los Muertos*, de *James Joyce*

Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid

Miércoles, 26 de diciembre 2018



1. Lectoras: Elena Carcedo & Pilar Pastor

Lily, la hija del encargado, tenía los pies literalmente muertos. No había todavía acabado de hacer pasar a un invitado al cuarto de desahogo, detrás de la oficina de la planta baja, para ayudarlo a quitarse el abrigo, cuando de nuevo sonaba la quejumbrosa campana de la puerta y tenía que echar a correr por el zaguán vacío para dejar entrar a otro. Era un alivio no tener que atender también a las invitadas. Pero Miss Kate y Miss Julia habían pensado en eso y convirtieron el baño de arriba en un cuarto de señoras. Allí estaban Miss Kate y Miss Julia, riéndose y chismeando y ajetreándose una tras la otra hasta el rellano de la escalera, para mirar abajo y preguntar a Lily quién acababa de entrar. El baile anual de las Morkan era siempre la gran ocasión. Venían todos los conocidos, los miembros de la familia, los viejos amigos de la familia, los integrantes del coro de Julia, cualquier alumna de Kate que fuera lo bastante mayorcita y hasta alumnas de Mary Jane también. Nunca quedaba mal. Por años -y años y tan atrás como se tenía memoria había resultado una ocasión lucida; desde que Kate y Julia, cuando murió su hermano Pat, dejaron la casa de Stoney Batter y se llevaron a Mary Jane, la única sobrina, a vivir con ellas en la sombría y espigada casa de la isla de Usher, cuyos altos alquilaban a Mr Fulham, un comerciante en granos que vivía en los bajos. Eso ocurrió hace sus buenos treinta años. Mary Jane, entonces una niña vestida de corto, era ahora el principal sostén de la casa, ya que tocaba el órgano en Haddington Road. Había pasado por la Academia y daba su concierto anual de alumnas en el salón de arriba de las Antiguas Salas de Concierto. Muchas de sus alumnas pertenecían a las mejores familias de la ruta de Kingstown y Dalkey. Sus tías, aunque viejas, contribuían con lo suyo. Julia, a pesar de sus canas, todavía era la primera soprano de Adán y Eva, la iglesia, y Kate, muy delicada para salir afuera, daba lecciones de música a principiantes en el viejo piano vertical del fondo. Lily, la hija del encargado, les hacía la limpieza. Aunque llevaban una vida modesta les gustaba comer bien; lo mejor de lo mejor: costillas de riñonada, té de a tres chelines y stout embotellado del bueno. Pero Lily nunca hacía un mandado mal, por lo que se llevaba muy bien con las señoritas. Eran quisquillosas, eso es todo. Lo único que no soportaban era que les contestaran. Claro que tenían razón para dar tanta lata en una noche así, pues eran más de las diez y ni señas de Gabriel y su esposa. Además, que tenían muchísimo miedo de que Freddy Malins se les apareciera tomado. Por nada del mundo querían que las alumnas de Mary Jane lo vieran en ese estado; y cuando estaba así era muy difícil de manejar, a veces. Freddy Malins llegaba siempre tarde, pero se preguntaban por qué se demoraría Gabriel: y era eso lo que las hacía asomarse a la escalera para preguntarle a Lily si Gabriel y Freddy habían llegado.



-Ah, Mr Conroy -le dijo Lily a Gabriel cuando le abrió la puerta-, Miss Kate y Miss Julia creían que usted ya no venía. Buenas noches, Mrs Conroy. -Me apuesto a que creían eso -dijo Gabriel-, pero es que se olvidaron que acá mi mujer se toma tres horas mortales para vestirse. Se paró sobre el felpudo a limpiarse la nieve de las galochas, mientras Lily conducía a la mujer al pie de la escalera y gritaba: -Miss Kate, aquí está Mrs Conroy. Kate y Julia bajaron enseguida la oscura escalera dando tumbos. Las dos besaron a la esposa de Gabriel, le dijeron que debía estar aterida en vida y le preguntaron si Gabriel había venido con ella. -Aquí estoy, tía Kate, ¡sin un rasguño! Suban ustedes que yo las alcanzo -gritó Gabriel desde la oscuridad. Siguió limpiándose los pies con vigor mientras las tres mujeres subían las escaleras, riendo, hacia el cuarto de vestir. Una leve franja de nieve reposaba sobre los hombros del abrigo, como una esclavina, y como una pezuña sobre el empuje de las galochas; y al deslizar los botones con un ruido crispante por los ojales helados del abrigo, de entre sus pliegues y dobleces salió el vaho fragante del descampado. -¿Está nevando otra vez, Mr Conroy? -preguntó Lily. Se le había adelantado hasta el cuarto de desahogo para ayudarlo a quitarse el abrigo y Gabriel sonrió al oír que añadía una sílaba más a su apellido. Era una muchacha delgada que aún no había parado de crecer, de tez pálida y pelo color de paja. El gas del cuartico la hacía lucir lívida. Gabriel la conoció siendo una niña que se sentaba en el último escalón a acunar su muñeca de trapo. -Sí, Lily -le respondió-, y me parece que tenemos para toda la noche. Miró al cielo raso, que temblaba con los taconazos y el deslizarse de pies en el piso de arriba, atendió un momento al piano y luego echó una ojeada a la muchacha, que ya doblaba su abrigo con cuidado al fondo del estante. -Dime, Lily -dijo en tono amistoso-, ¿vas todavía a la escuela? -Oh, no, señor -respondió ella-, ya no más y nunca. -Ah, pues entonces -dijo Gabriel, jovial-, supongo que un día de estos asistiremos a esa boda con tu novio, ¿no? La muchacha lo miró esquinada y dijo con honda amargura: -Los hombres de ahora no son más que labia y lo que puedan echar mano. Gabriel se sonrojó como si creyera haber cometido un error y, sin mirarla, se sacudió las galochas de los pies y con su bufanda frotó fuerte sus zapatos de charol. Era un hombre joven, más bien alto y robusto. El color encarnado de sus mejillas le llegaba a la frente, donde se regaba en parches rojizos y sin forma; y en su cara desnuda brillaban sin cesar los lentes y los aros de oro de los espejuelos que amparaban sus ojos inquietos y delicados. Llevaba el brillante pelo negro partido al medio y peinado hacia atrás en una larga curva por detrás de las orejas, donde se ondeaba leve debajo de la estría que le dejaba marcada el sombrero. Cuando le sacó bastante brillo a los zapatos, se enderezó y se ajustó el chaleco tirando de él por sobre el vientre rollizo. Luego extrajo con rapidez una moneda del bolsillo.



-Ah, Lily -dijo, poniéndosela en la mano-, es Navidad, ¿no es cierto? Aquí tienes... esto... Caminó rápido hacia la puerta. -¡Oh, no, señor! -protestó la muchacha, cayéndole detrás-. De veras, señor, no creo que deba. -¡Es Navidad! ¡Navidad! -dijo Gabriel, casi trotando hasta las escaleras y moviendo sus manos hacia ella indicando que no tenía importancia. La muchacha, viendo que ya había ganado la escalera, gritó tras él: -Bueno, gracias entonces, señor. Esperaba fuera a que el vals terminara en la sala, escuchando las faldas y los pies que se arrastraban, barriéndola. Todavía se sentía desconcertado por la súbita y amarga réplica de la muchacha, que lo entristeció. Trató de disiparlo arreglándose los puños y el lazo de la corbata. Luego, sacó del bolsillo del chaleco un papelito y echó una ojeada a la lista de temas para su discurso. Se sentía indeciso sobre los versos de Robert Browning porque temía que estuvieran muy por encima de sus oyentes. Sería mejor una cita que pudieran reconocer, de Shakespeare o de las Melodías de Thomas Moore. El grosero claqueteo de los tacones masculinos y el arrastre de suelas le recordó que el grado de cultura de ellos difería del suyo. Haría el ridículo si citaba poemas que no pudieran entender. Pensarían que estaba alardeando de su cultura. Cometería un error con ellos como el que cometió con la muchacha en el cuarto de desahogo. Se equivocó de tono. Todo su discurso estaba equivocado de arriba a abajo. Un fracaso total.

Fue entonces que sus tías y su mujer salieron del cuarto de vestir. Sus tías eran dos ancianas pequeñas que vestían con sencillez. Tía Julia era como una pulgada más alta. Llevaba el pelo gris hacia atrás, en un moño a la altura de las orejas; y gris también, con sombras oscuras, era su larga cara flácida. Aunque era robusta y caminaba erguida, los ojos lánguidos y los labios entreabiertos le daban la apariencia de una mujer que no sabía dónde estaba ni a dónde iba. Tía Kate se veía más viva. Su cara, más saludable que la de su hermana, era toda bultos y arrugas, como una manzana roja pero fruncida, y su pelo, peinado también a la antigua, no había perdido su color de castaña madura. Las dos besaron a Gabriel, cariñosas. Era el sobrino preferido, hijo de la hermana mayor, la difunta Ellen, la que se casó con T. J. Conroy, de los Muelles del Puerto. -Gretta me acaba de decir que no vas a regresar en coche a Monkstown esta noche, Gabriel -dijo tía Kate. -No -dijo Gabriel, volviéndose a su esposa-, ya tuvimos bastante con el año pasado, ¿no es así? ¿No te acuerdas, tía Kate, el catarro que cogió Gretta entonces? Con las puertas del coche traqueteando todo el viaje y el viento del este dándonos de lleno en cuanto pasamos Merrion. Lindísimo. Gretta cogió un catarro de lo más malo. Tía Kate fruncía el ceño y asentía a cada palabra. -Muy bien dicho, Gabriel, muy bien dicho -dijo-. No hay que descuidarse nunca. -Pero en cuanto a Gretta -dijo Gabriel-, ésta es capaz de regresar a casa a pie por entre la nieve, si por ella fuera. Mrs Conroy sonrió. -No le haga caso, tía Kate -dijo-, que es demasiado



precavido: obligando a Tom a usar visera verde cuando lee de noche y a hacer ejercicios, y forzando a Eva a comer potaje. ¡Pobrecita! ¡Que no lo puede ni ver!... Ah, ¿pero a que no adivinan lo que me obliga a llevar ahora? Se deshizo en carcajadas mirando a su marido, cuyos ojos admirados y contentos, iban de su vestido a su cara y su pelo. Las dos tías rieron también con ganas, ya que la solicitud de Gabriel formaba parte del repertorio familiar. -¡Galochas! -dijo Mrs Conroy-. La última moda. Cada vez que está el suelo mojado tengo que llevar galochas. Quería que me las pusiera hasta esta noche, pero de eso nada. Si me descuido me compra un traje de bañista. Gabriel se rió nervioso y, para darse confianza, se arregló la corbata, mientras que tía Kate se doblaba de la risa de tanto que le gustaba el cuento. La sonrisa desapareció enseguida de la cara de tía Julia y fijó sus ojos tristes en la cara de su sobrino. Después de una pausa, preguntó: -¿Y qué son galochas, Gabriel? -¡Galochas, Julia! -exclamó su hermana-. Santo cielo, ¿tú no sabes lo que son galochas? Se ponen sobre los... sobre las botas, ¿no es así, Gretta? -Sí -dijo Mrs Conroy-. Unas cosas de gutapercha. Los dos tenemos un par ahora. Gabriel dice que todo el mundo las usa en el continente. -Ah, en el continente -murmuró tía Julia, moviendo la cabeza lentamente. Gabriel frunció las cejas y dijo, como si estuviera enfadado: -No son nada del otro mundo, pero Gretta cree que son muy cómicas porque dice que le recuerdan a los minstrels negros de Christy. -Pero dime, Gabriel -dijo tía Kate, con tacto brusco-. Claro que te ocupaste del cuarto. Gretta nos contaba que... -Oh, lo del cuarto está resuelto -replicó Gabriel-. Tomé uno en el Gresham. -Claro, claro --dijo tía Kate-, lo mejor que podías haber hecho. Y los niños, Gretta, ¿no te preocupan? -Oh, no es más que por una noche -dijo Mrs Conroy-. Además, que Bessie los cuida. -Claro, claro --dijo tía Kate de nuevo-. ¡Qué comodidad tener una muchacha así, en quien se puede confiar! Ahí tienen a esa Lily, que no sé lo que le pasa últimamente. No es la de antes. Gabriel estuvo a punto de hacerle una pregunta a su tía sobre este asunto, pero ella dejó de prestarle atención para observar a su hermana, que se había escurrido escaleras abajo, sacando la cabeza por sobre la baranda. -Ahora dime tú -dijo ella, como molesta-, ¿dónde irá Julia ahora? ¡Julia! ¡Julia! ¿Dónde vas tú? Julia, que había bajado más de media escalera, regresó a decir, zalamera: -Ahí está Freddy. En el mismo instante unas palmadas y un floreo final del piano anunció que el vals acababa de terminar. La puerta de la sala se abrió desde dentro y salieron algunas parejas. Tía Kate se llevó a Gabriel apresuradamente a un lado y le susurró al oído: -Sé bueno, Gabriel, y vete abajo a ver si está bien y no lo dejes subir si está tomado. Estoy segura de que está tomado. Segurísima. Gabriel se llegó a la escalera y escuchó más allá de la balaustrada. Podía oír dos personas conversando en el cuarto de desahogo. Luego reconoció la risa de Freddy Malins. Bajó las escaleras haciendo ruido. -Qué alivio --dijo tía Kate a Mrs Conroy- que Gabriel esté aquí...



Siempre me siento más descansada mentalmente cuando anda por aquí... Julia, aquí están Miss Daly y Miss Power, que van a tomar refrescos. Gracias por el lindo vals, Miss Daly. Un ritmo encantador. Un hombre alto, de cara mustia, bigote de cerdas y piel oscura, que pasaba con su pareja, dijo: -¿Podríamos también tomar nosotros un refresco, Miss Morkan? -Julia -dijo la tía Kate sumariamente-, y aquí están Mr Browne y Miss Furlong. Llévatelos adentro, Julia, con Miss Daly y Miss Power. -Yo me encargo de las damas -dijo Mr Browne, apretando sus labios hasta que sus bigotes se erizaron para sonreír con todas sus arrugas. -Sabe usted, Miss Morkan, la razón por la que les caigo bien a las mujeres es que...

Interludio musical: Bill Dixon & Chris Dove

2. Readers: Morgan Fagg & Damian Gallagher

He did not finish his sentence, but, seeing that Aunt Kate was out of earshot, at once led the three young ladies into the back room. The middle of the room was occupied by two square tables placed end to end, and on these Aunt Julia and the caretaker were straightening and smoothing a large cloth. On the sideboard were arrayed dishes and plates, and glasses and bundles of knives and forks and spoons. The top of the closed square piano served also as a sideboard for viands and sweets. At a smaller sideboard in one corner two young men were standing, drinking hop-bitters.

Mr. Browne led his charges thither and invited them all, in jest, to some ladies' punch, hot, strong and sweet. As they said they never took anything strong, he opened three bottles of lemonade for them. Then he asked one of the young men to move aside, and, taking hold of the decanter, filled out for himself a goodly measure of whisky. The young men eyed him respectfully while he took a trial sip.

"God help me," he said, smiling, "it's the doctor's orders."

His wizened face broke into a broader smile, and the three young ladies laughed in musical echo to his pleasantry, swaying their bodies to and fro, with nervous jerks of their shoulders. The boldest said:

"O, now, Mr. Browne, I'm sure the doctor never ordered anything of the kind."

Mr. Browne took another sip of his whisky and said, with sidling mimicry:

"Well, you see, I'm like the famous Mrs. Cassidy, who is reported to have said: 'Now,



Mary Grimes, if I don't take it, make me take it, for I feel I want it."

His hot face had leaned forward a little too confidentially and he had assumed a very low Dublin accent so that the young ladies, with one instinct, received his speech in silence. Miss Furlong, who was one of Mary Jane's pupils, asked Miss Daly what was the name of the pretty waltz she had played; and Mr. Browne, seeing that he was ignored, turned promptly to the two young men who were more appreciative.

A red-faced young woman, dressed in pansy, came into the room, excitedly clapping her hands and crying:

"Quadrilles! Quadrilles!"

Close on her heels came Aunt Kate, crying:

"Two gentlemen and three ladies, Mary Jane!"

"O, here's Mr. Bergin and Mr. Kerrigan," said Mary Jane. "Mr. Kerrigan, will you take Miss Power? Miss Furlong, may I get you a partner, Mr. Bergin. O, that'll just do now."

"Three ladies, Mary Jane," said Aunt Kate.

The two young gentlemen asked the ladies if they might have the pleasure, and Mary Jane turned to Miss Daly.

"O, Miss Daly, you're really awfully good, after playing for the last two dances, but really we're so short of ladies tonight."

"I don't mind in the least, Miss Morkan."

"But I've a nice partner for you, Mr. Bartell D'Arcy, the tenor. I'll get him to sing later on. All Dublin is raving about him."

"Lovely voice, lovely voice!" said Aunt Kate.

As the piano had twice begun the prelude to the first figure Mary Jane led her recruits quickly from the room. They had hardly gone when Aunt Julia wandered slowly into the room, looking behind her at something.



"What is the matter, Julia?" asked Aunt Kate anxiously. "Who is it?"

Julia, who was carrying in a column of table-napkins, turned to her sister and said, simply, as if the question had surprised her:

"It's only Freddy, Kate, and Gabriel with him."

In fact right behind her Gabriel could be seen piloting Freddy Malins across the landing. The latter, a young man of about forty, was of Gabriel's size and build, with very round shoulders. His face was fleshy and pallid, touched with colour only at the thick hanging lobes of his ears and at the wide wings of his nose. He had coarse features, a blunt nose, a convex and receding brow, tumid and protruded lips. His heavy-lidded eyes and the disorder of his scanty hair made him look sleepy. He was laughing heartily in a high key at a story which he had been telling Gabriel on the stairs and at the same time rubbing the knuckles of his left fist backwards and forwards into his left eye.

"Good-evening, Freddy," said Aunt Julia.

Freddy Malins bade the Misses Morkan good-evening in what seemed an offhand fashion by reason of the habitual catch in his voice and then, seeing that Mr. Browne was grinning at him from the sideboard, crossed the room on rather shaky legs and began to repeat in an undertone the story he had just told to Gabriel.

"He's not so bad, is he?" said Aunt Kate to Gabriel.

Gabriel's brows were dark but he raised them quickly and answered:

"O, no, hardly noticeable."

"Now, isn't he a terrible fellow!" she said. "And his poor mother made him take the pledge on New Year's Eve. But come on, Gabriel, into the drawing-room."

Before leaving the room with Gabriel she signalled to Mr. Browne by frowning and shaking her forefinger in warning to and fro. Mr. Browne nodded in answer and, when she had gone, said to Freddy Malins:

"Now, then, Teddy, I'm going to fill you out a good glass of lemonade just to buck you up."



Freddy Malins, who was nearing the climax of his story, waved the offer aside impatiently but Mr. Browne, having first called Freddy Malins' attention to a disarray in his dress, filled out and handed him a full glass of lemonade. Freddy Malins' left hand accepted the glass mechanically, his right hand being engaged in the mechanical readjustment of his dress. Mr. Browne, whose face was once more wrinkling with mirth, poured out for himself a glass of whisky while Freddy Malins exploded, before he had well reached the climax of his story, in a kink of high-pitched bronchitic laughter and, setting down his untasted and overflowing glass, began to rub the knuckles of his left fist backwards and forwards into his left eye, repeating words of his last phrase as well as his fit of laughter would allow him.

Gabriel could not listen while Mary Jane was playing her Academy piece, full of runs and difficult passages, to the hushed drawing-room. He liked music but the piece she was playing had no melody for him and he doubted whether it had any melody for the other listeners, though they had begged Mary Jane to play something. Four young men, who had come from the refreshment-room to stand in the doorway at the sound of the piano, had gone away quietly in couples after a few minutes. The only persons who seemed to follow the music were Mary Jane herself, her hands racing along the key-board or lifted from it at the pauses like those of a priestess in momentary imprecation, and Aunt Kate standing at her elbow to turn the page.

Gabriel's eyes, irritated by the floor, which glittered with beeswax under the heavy chandelier, wandered to the wall above the piano. A picture of the balcony scene in Romeo and Juliet hung there and beside it was a picture of the two murdered princes in the Tower which Aunt Julia had worked in red, blue and brown wools when she was a girl. Probably in the school they had gone to as girls that kind of work had been taught for one year. His mother had worked for him as a birthday present a waistcoat of purple tabinet, with little foxes' heads upon it, lined with brown satin and having round mulberry buttons. It was strange that his mother had had no musical talent though Aunt Kate used to call her the brains carrier of the Morkan family. Both she and Julia had always seemed a little proud of their serious and matronly sister. Her photograph stood before the pierglass. She held an open book on her knees and was pointing out something in it to Constantine who, dressed in a man-o-war suit, lay at her feet. It was she who had chosen the name of her sons for she was very sensible of the dignity of family life. Thanks to her, Constantine was now senior curate in Balbrigan and, thanks to her, Gabriel himself had taken his degree in the Royal University.



A shadow passed over his face as he remembered her sullen opposition to his marriage. Some slighting phrases she had used still rankled in his memory; she had once spoken of Gretta as being country cute and that was not true of Gretta at all. It was Gretta who had nursed her during all her last long illness in their house at Monkstown.

He knew that Mary Jane must be near the end of her piece for she was playing again the opening melody with runs of scales after every bar and while he waited for the end the resentment died down in his heart. The piece ended with a trill of octaves in the treble and a final deep octave in the bass. Great applause greeted Mary Jane as, blushing and rolling up her music nervously, she escaped from the room. The most vigorous clapping came from the four young men in the doorway who had gone away to the refreshment-room at the beginning of the piece but had come back when the piano had stopped.

Interludio musical: Bill Dixon & Chris Dove

3. Lectoras: María Paz González & Pilar Pastor

Alguien organizó una danza de lanceros y Gabriel se encontró de pareja con Miss Ivors. Era una damita franca y habladora, con cara pecosa y grandes ojos castaños. No llevaba escote y el largo broche al frente del cuello tenía un motivo irlandés. Cuando ocuparon sus puestos ella dijo de pronto: -Tiene usted una cuenta pendiente conmigo. -¿Yo? -dijo Gabriel. Ella asintió con gravedad. -¿Qué cosa es? -preguntó Gabriel, sonriéndose ante su solemnidad. -¿Quién es G. C.? -respondió Miss Ivors, volviéndose hacia él. Gabriel se sonrojó y ya iba a fruncir las cejas, como si no hubiera entendido, cuando ella le dijo abiertamente: -¡Ay, inocente Amy! Me enteré de que escribe usted para el Dady Express. Y bien, ¿no le da vergüenza? -¿Y por qué me iba a dar? -preguntó Gabriel, pestañeando, tratando de sonreír. -Bueno, a mí me da pena -dijo Miss Ivors con franqueza-. Y pensar que escribe usted para ese bagazo. No sabía que se había vuelto usted pro-inglés. Una mirada perpleja apareció en el rostro de Gabriel. Era verdad que escribía una columna literaria en el Daily Express los miércoles. Pero eso no lo convertía en pro-inglés. Los libros que le daban a criticar eran casi mejor bienvenidos que el mezquino cheque, ya que le deleitaba palpar la cubierta y hojear las páginas de un libro recién impreso. Casi todos los días, no bien terminaba las clases en el instituto, solía recorrer el malecón en busca de las librerías de viejo, y se iba a Hickey's en el Paseo del Soltero y a Webb's o a Massey's en el muelle de Aston o a O'Clohissey's en una calle lateral.



No supo cómo afrontar la acusación. Le hubiera gustado decir que la literatura está muy por encima de los trajines políticos. Pero eran amigos de muchos años, con carreras paralelas en la universidad primero y después de maestros: no podía, pues, usar con ella una frase pomposa. Siguió pestañeando y tratando de sonreír hasta que murmuró apenas que no veía nada político en hacer crítica de libros. Cuando les llegó el turno de cruzarse todavía estaba distraído y perplejo. Miss Ivors tomó su mano en un apretón cálido y dijo en tono suavemente amistoso: -Por supuesto, no es más que una broma. Venga, que nos toca cruzar ahora. Cuando se juntaron de nuevo ella habló del problema universitario y Gabriel se sintió más cómodo. Un amigo le había enseñado a ella su crítica de los poemas de Browning. Fue así como se enteró del secreto: pero le gustó muchísimo la crítica. De pronto dijo: -Oh, Mr Conroy, ¿por qué no viene en nuestra excursión a la isla de Arán este verano? Vamos a pasar allá un mes. Será espléndido estar en pleno Atlántico. Debía venir. Vienen Mr Clancy y Mr Kilkely y Kathleen Kearney. Sería formidable que Gretta viniera también. Ella es de Connacht, ¿no? -Su familia -dijo Gabriel, corto. -Pero vendrán los dos, ¿no es así? -dijo Miss Ivors, posando una mano cálida sobre su brazo, ansiosa. -Lo cierto es que -dijo Gabriel- yo he quedado en ir... -¿A dónde? -preguntó Miss Ivors. -Bueno, ya sabe usted que todos los años hago una gira ciclística con varios compañeros, así que... -Pero, ¿por dónde? -preguntó Miss Ivors. -Bueno, casi siempre vamos por Francia o Bélgica, tal vez por Alemania -dijo Gabriel torpemente. -¿Y por qué va usted a Francia y a Bélgica -dijo Miss Ivors- en vez de visitar su propio país? -Bueno -dijo Gabriel-, en parte para mantenerme en contacto con otros idiomas y en parte por dar un cambio. -¿Y no tiene usted su propio idioma con que mantenerse en contacto, el irlandés? -le preguntó Miss Ivors.

-Bueno -dijo Gabriel-, en ese caso el irlandés no es mi lengua, como sabe. Sus vecinos se volvieron a escuchar el interrogatorio. Gabriel miró a diestra y siniestra, nervioso, y trató de mantener su buen humor durante aquella inquisición que hacía que el rubor le invadiera la frente. -¿Y no tiene usted su tierra natal que visitar -siguió Miss Ivors-, de la que no sabe usted nada, su propio pueblo, su patria? -Pues a decir verdad -replicó Gabriel súbitamente-, estoy harto de este país, ¡harto! -¿Y por qué? -preguntó Miss Ivors. Gabriel no respondió: su réplica lo había alterado. -¿Por qué? -repitió Miss Ivors. Tenían que hacer la ronda de visitas los dos ahora y, como todavía no había él respondido, Miss Ivors le dijo, muy acalorada: -Por supuesto, no tiene qué decir. Gabriel trató de ocultar su agitación entregándose al baile con gran energía. Evitó los ojos de ella porque había notado una expresión agria en su cara. Pero cuando se encontraron de nuevo en la cadena, se sorprendió al sentir su mano apretar firme la suya.



Ella lo miró de soslayo con curiosidad momentánea hasta que él sonrió. Luego, como la cadena iba a trenzarse de nuevo, ella se alzó en puntillas y le susurró al oído: -¡Pro inglés! Cuando la danza de lanceros acabó, Gabriel se fue al rincón más remoto del salón donde estaba sentada la madre de Freddy Malins. Era una mujer rechoncha y fofa y blanca en canas. Tenía la misma voz tomada de su hijo y tartamudeaba bastante. Le habían asegurado que Freddy había llegado y que estaba bastante bien. Gabriel le preguntó si tuvo una buena travesía. Vivía con su hija casada en Glasgow y venía a Dublín de visita una vez al año. Respondió plácidamente que había sido un viaje muy lindo y que el capitán estuvo de lo más atento. También habló de la linda casa que su hija tenía en Glasgow y de los buenos amigos que tenían allá. Mientras ella le daba a la lengua Gabriel trató de desterrar el recuerdo del desagradable incidente con Miss Ivors. Por supuesto que la muchacha o la mujer o lo que fuese era una fanática, pero había un lugar para cada cosa. Quizá no debió él responderle como lo hizo. Pero ella no tenía derecho a llamarlo pro inglés delante de la gente, ni aun en broma. Trató de hacerlo quedar en ridículo delante de la gente, acuciándolo y clavándole sus ojos de conejo. Vio a su mujer abriéndose paso hacia él por entre las parejas que valsaban. Cuando llegó a su lado le dijo al oído: -Gabriel, tía Kate quiere saber si no vas a trinchar el ganso como de costumbre. Miss Daly va a cortar el jamón y yo voy a ocuparme del pudín. -Está bien -dijo Gabriel. -Van a dar de comer primero a los jóvenes, tan pronto como termine este vals, para que tengamos la mesa para nosotros solos. -¿Bailaste? -preguntó Gabriel. -Por supuesto. ¿No me viste? ¿Tuviste tú unas palabras con Molly Ivors por casualidad? -Ninguna. ¿Por qué? ¿Dijo ella eso? -Más o menos. Estoy tratando de hacer que Mr D'Arcy cante algo. Me parece que es de lo más vanidoso. - No cambiamos palabras -dijo Gabriel, irritado-, sino que ella quería que yo fuera a Irlanda del oeste, y le dije que no. Su mujer juntó las manos, excitada, y dio un saltico: - ¡Oh, vamos, Gabriel! -gritó-. Me encantaría volver a Galway de nuevo. -Ve tú si quieres -dijo Gabriel fríamente. Ella lo miró un instante, se volvió luego a Mrs Malins y dijo:-Eso es lo que se llama un hombre agradable, Mrs Malins. Mientras ella se escurría a través del salón, Mrs Malins, como si no la hubieran interrumpido, siguió contándole a Gabriel sobre los lindos lares de Escocia y sus escenarios naturales, preciosos. Su yerno las llevaba cada año a los lagos y salían de pesquería. Un día cogió él un pescado, lindísimo, así de grande, y el hombre del hotel se lo guisó para la cena. Gabriel ni oía lo que ella decía. Ahora que se acercaba la hora de la comida empezó a pensar de nuevo en su discurso y en las citas. Cuando vio que Freddy Malins atravesaba el salón para venir a ver a su madre, Gabriel le dio su silla y se retiró al poyo de la ventana.



El salón estaba ya vacío y del cuarto del fondo llegaba un rumor de platos y cubiertos. Los pocos que quedaban en la sala parecían hartos de bailar y conversaban quedamente en grupitos. Los cálidos dedos temblorosos de Gabriel repicaron sobre el frío cristal de la ventana. ¡Qué fresco debía hacer fuera! ¡Lo agradable que sería salir a caminar solo por la orilla del río y después atravesar el parque! La nieve se veía amontonada sobre las ramas de los árboles y poniendo un gorro refulgente al monumento a Wellington. ¡Cuánto más grato sería estar allá fuera que cenando! Repasó los temas de su discurso: la hospitalidad irlandesa, tristes recuerdos, las Tres Gracias, Paris, la cita de Browning. Se repitió una frase que escribió en su crítica: Uno siente que escucha una música acuciada por las ideas. Miss Ivors había elogiado la crítica. ¿Sería sincera? ¿Tendría su vida propia oculta tras tanta propaganda? No había habido nunca animosidad entre ellos antes de esta ocasión. Lo enervaba pensar que ella estaría sentada a la mesa, mirándolo mientras él hablaba, con sus críticos ojos interrogantes. Tal vez no le desagradaría verlo fracasar en su discurso. Le dio valor la idea que le vino a la mente. Diría, aludiendo a tía Kate y a tía Julia: Damas y caballeros, la generación que ahora se halla en retirada entre nosotros habrá tenido sus faltas, pero por mi parte yo creo que tuvo ciertas cualidades de hospitalidad, de humor, de humanidad, de las que la nueva generación, tan seria y supereducada, que crece ahora en nuestro seno, me parece carecer. Muy bien dicho: que aprenda Miss Ivors. ¿Qué le importaba si sus tías no eran más que dos viejas ignorantes? Un rumor en la sala atrajo su atención. Mr Browne venía desde la puerta llevando galante del brazo a la tía Julia, que sonreía cabizbaja. Una salva irregular de aplausos la escoltó hasta el piano y luego, cuando Mary Jane se sentó en la banquetta, y la tía Julia, dejando de sonreír, dio media vuelta para mejor proyectar su voz hacia el salón, cesaron gradualmente. Gabriel reconoció el prelude. Era una vieja canción del repertorio de tía Julia, Ataviada para el casorio. Su voz, clara y sonora, atacó los gorgoritos que adornaban la tonada y aunque cantó muy rápido no se comió ni una floritura. Oír la voz sin mirar la cara de la cantante era sentir y compartir la excitación de un vuelo rápido y seguro. Gabriel aplaudió ruidosamente junto con los demás cuando la canción acabó y atronadores aplausos llegaron de la mesa invisible. Sonaban tan genuinos, que algo de rubor se esforzaba por salirle a la cara a tía Julia, cuando se agachaba para poner sobre el atril el viejo cancionero encuadernado en cuero con sus iniciales en la portada. Freddy Malins, que había ladeado la cabeza para oírla mejor, aplaudía todavía cuando todo el mundo había dejado ya de hacerlo y hablaba animado con su madre que asentía grave y lenta en aquiescencia. Al fin, no pudiendo aplaudir más, se levantó de pronto y atravesó el salón a la carrera para llegar hasta tía Julia y tomar su mano entre las suyas, sacudiéndola cuando le faltaron las palabras o cuando el freno de su voz se hizo



insoponible. -Le estaba diciendo yo a mi madre -dijo- que nunca la había oído cantar tan bien, ¡nunca! No, nunca sonó tan bien su voz como esta noche. ¡Vaya! ¿A que no lo cree? Pero es la verdad. Palabra de honor que es la pura verdad. Nunca sonó su voz tan fresca y tan... tan clara y tan fresca, ¡nunca! La tía Julia sonrió ampliamente y murmuró algo sobre aquel cumplido mientras sacaba la mano del aprieto. Mr Browne extendió una mano abierta hacia ella y dijo a los que estaban a su alrededor, como un animador que presenta un portento a la amable concurrencia: -¡Miss Julia Morkan, mi último descubrimiento! Se reía con ganas de su chiste cuando Freddy Malins se volvió a él para decirle: -Bueno, Browne, si hablas en serio podrías haber hecho otro descubrimiento peor. Todo lo que puedo decir es que nunca la había oído cantar tan bien ninguna de las veces que he estado antes aquí. Y es la pura verdad. -Ni yo tampoco -dijo Mr Browne-. Creo que de voz ha mejorado mucho. Tía Julia se encogió de hombros y dijo con tímido orgullo: -Hace treinta años, mi voz, como tal, no era mala. -Le he dicho a Julia muchas veces -dijo tía Kate enfática- que está malgastando su talento en ese coro. Pero nunca me quiere oír. Se volvió como si quisiera apelar al buen sentido de los demás frente a un niño incorregible, mientras tía Julia, una vaga sonrisa reminiscente esbozándose en sus labios, miraba alelada al frente. -Pero no -siguió tía Kate-, no deja que nadie la convenza ni la dirija, cantando como una esclava de ese coro noche y día, día y noche. ¡Desde las seis de la mañana el día de Navidad! ¿Y todo para qué? -Bueno, ¿no sería por la honra del Señor, tía Kate? -preguntó Mary Jane, girando en la banqueta, sonriendo. La tía Kate se volvió a su sobrina como una fiera y le dijo: -¡Yo me sé muy bien qué cosa es la honra del Señor, Mary Jane! Pero no creo que sea muy honrado de parte del Papa sacar de un coro a una mujer que se ha esclavizado en él toda su vida para pasarle por encima a chiquillos malcriados. Supongo que el Papa lo hará por la honra del Señor, pero no es justo, Mary Jane, y no está nada bien. Se había fermentado apasionadamente y hubiera continuado defendiendo a su hermana porque le dolía, pero Mary Jane, viendo que los bailarines regresaban ya al salón, intervino apaciguante: -Vamos, tía Kate, que está usted escandalizando a Mister Browne, que tiene otras creencias. Tía Kate se volvió a Mr Browne, que sonreía ante esta alusión a su religión, y dijo apresurada: -Oh, pero yo no pongo en duda que el Papa tenga razón. No soy más que una vieja estúpida y no presumo de otra cosa. Pero hay eso que se llama gratitud y cortesía cotidiana en la vida. Y si yo fuera Julia iba y se lo decía al padre Healy en su misma cara... -Y, además, tía Kate -dijo Mary Jane-, que estamos todos con mucha hambre y cuando tenemos hambre somos todos muy belicosos. -Y cuando estamos sedientos también somos belicosos -añadió Mr Browne. -Así que más vale que vayamos a cenar -dijo Mary Jane- y dejemos la discusión para más tarde.



En el rellano de la salida de la sala Gabriel encontró a su esposa y a Mary Jane tratando de convencer a Miss Ivors para que se quedara a cenar. Pero Miss Ivors, que se había puesto ya su sombrero y se abotonaba el abrigo, no se quería quedar. No se sentía lo más mínimo con apetito y, además, que ya se había quedado más de lo que debía. - Pero si no son más que diez minutos, Molly -dijo Mrs Conroy-. No es tanta la demora. - Para que comas un bocado -dijo Mary Jane- después de tanto bailoteo. -No puedo, de veras -dijo Miss Ivors. -Me parece que no lo pasaste nada bien -dijo Mary Jane, con desaliento. -Sí, muy bien, se lo aseguro -dijo Miss Ivors-, pero ahora deben dejarme ir corriendo. -Pero, ¿cómo vas a llegar? -preguntó Mrs Conroy.

-Oh, no son más que unos pasos malecón arriba. Gabriel dudó por un momento y dijo: -Si me lo permite, Miss Ivors, yo la acompaño. Si de veras tiene que marcharse usted. Pero Miss Ivors se soltó de entre ellos. -De ninguna manera -exclamó-. Por el amor de Dios vayan a cenar y no se ocupen de mí. Ya sé cuidarme muy bien. -Mira, Molly, que tú eres rara -dijo Mrs Conroy con franqueza. -Beannacht libh -gritó Miss Ivors, entre carcajadas, mientras bajaba la escalera. Mary Jane se quedó mirándola, una expresión preocupada en su rostro, mientras Mrs Conroy se inclinó por sobre la baranda para oír si cerraba la puerta del zaguán. Gabriel se preguntó si sería él la causa de que ella se fuera tan abruptamente. Pero no parecía estar de mal humor: se había ido riéndose a carcajadas. Se quedó mirando las escaleras, distraído. En ese momento la tía Kate salió del comedor, dando tumbos, casi exprimiéndose las manos de desespero. -¿Dónde está Gabriel? -gritó-. ¿Dónde es que está Gabriel? Todo el mundo está esperando ahí dentro, con todo listo; ¡y nadie que trinche el ganso! -

Interludio musical: Bill Dixon & Chris Dove

4. Reader: Bill Dixon

"Here I am, Aunt Kate!" cried Gabriel, with sudden animation, "ready to carve a flock of geese, if necessary."

A fat brown goose lay at one end of the table and at the other end, on a bed of creased paper strewn with sprigs of parsley, lay a great ham, stripped of its outer skin and peppered over with crust crumbs, a neat paper frill round its shin and beside this was a round of spiced beef. Between these rival ends ran parallel lines of side-dishes: two little minsters of jelly, red and yellow; a shallow dish full of blocks of blancmange and red jam, a large green leaf-shaped dish with a stalk-shaped handle, on which lay bunches of purple raisins and peeled almonds, a companion dish on which lay a solid rectangle of Smyrna



BLOOMSDAY SOCIETY



figs, a dish of custard topped with grated nutmeg, a small bowl full of chocolates and sweets wrapped in gold and silver papers and a glass vase in which stood some tall celery stalks. In the centre of the table there stood, as sentries to a fruit-stand which upheld a pyramid of oranges and American apples, two squat old-fashioned decanters of cut glass, one containing port and the other dark sherry. On the closed square piano a pudding in a huge yellow dish lay in waiting and behind it were three squads of bottles of stout and ale and minerals, drawn up according to the colours of their uniforms, the first two black, with brown and red labels, the third and smallest squad white, with transverse green sashes.

Gabriel took his seat boldly at the head of the table and, having looked to the edge of the carver, plunged his fork firmly into the goose. He felt quite at ease now for he was an expert carver and liked nothing better than to find himself at the head of a well-laden table.

"Miss Furlong, what shall I send you?" he asked. "A wing or a slice of the breast?"

"Just a small slice of the breast."

"Miss Higgins, what for you?"

"O, anything at all, Mr. Conroy."

While Gabriel and Miss Daly exchanged plates of goose and plates of ham and spiced beef Lily went from guest to guest with a dish of hot floury potatoes wrapped in a white napkin. This was Mary Jane's idea and she had also suggested apple sauce for the goose but Aunt Kate had said that plain roast goose without any apple sauce had always been good enough for her and she hoped she might never eat worse. Mary Jane waited on her pupils and saw that they got the best slices and Aunt Kate and Aunt Julia opened and carried across from the piano bottles of stout and ale for the gentlemen and bottles of minerals for the ladies. There was a great deal of confusion and laughter and noise, the noise of orders and counter-orders, of knives and forks, of corks and glass-stoppers. Gabriel began to carve second helpings as soon as he had finished the first round without serving himself. Everyone protested loudly so that he compromised by taking a long draught of stout for he had found the carving hot work.



Mary Jane settled down quietly to her supper but Aunt Kate and Aunt Julia were still toddling round the table, walking on each other's heels, getting in each other's way and giving each other unheeded orders. Mr. Browne begged of them to sit down and eat their suppers and so did Gabriel but they said there was time enough, so that, at last, Freddy Malins stood up and, capturing Aunt Kate, plumped her down on her chair amid general laughter.

When everyone had been well served Gabriel said, smiling:

"Now, if anyone wants a little more of what vulgar people call stuffing let him or her speak."

A chorus of voices invited him to begin his own supper and Lily came forward with three potatoes which she had reserved for him.

"Very well," said Gabriel amiably, as he took another preparatory draught, "kindly forget my existence, ladies and gentlemen, for a few minutes."

He set to his supper and took no part in the conversation with which the table covered Lily's removal of the plates. The subject of talk was the opera company which was then at the Theatre Royal. Mr. Bartell D'Arcy, the tenor, a dark-complexioned young man with a smart moustache, praised very highly the leading contralto of the company but Miss Furlong thought she had a rather vulgar style of production. Freddy Malins said there was a Negro chieftain singing in the second part of the Gaiety pantomime who had one of the finest tenor voices he had ever heard.

"Have you heard him?" he asked Mr. Bartell D'Arcy across the table.

"No," answered Mr. Bartell D'Arcy carelessly.

"Because," Freddy Malins explained, "now I'd be curious to hear your opinion of him. I think he has a grand voice."

"It takes Teddy to find out the really good things," said Mr. Browne familiarly to the table.

"And why couldn't he have a voice too?" asked Freddy Malins sharply. "Is it because he's only a black?"



Nobody answered this question and Mary Jane led the table back to the legitimate opera. One of her pupils had given her a pass for Mignon. Of course it was very fine, she said, but it made her think of poor Georgina Burns. Mr. Browne could go back farther still, to the old Italian companies that used to come to Dublin -- Tietjens, Ilma de Murzka, Campanini, the great Trebelli, Giuglini, Ravelli, Aramburo. Those were the days, he said, when there was something like singing to be heard in Dublin. He told too of how the top gallery of the old Royal used to be packed night after night, of how one night an Italian tenor had sung five encores to Let me like a Soldier fall, introducing a high C every time, and of how the gallery boys would sometimes in their enthusiasm unyoke the horses from the carriage of some great prima donna and pull her themselves through the streets to her hotel. Why did they never play the grand old operas now, he asked, Dinorah, Lucrezia Borgia? Because they could not get the voices to sing them: that was why.

"Oh, well," said Mr. Bartell D'Arcy, "I presume there are as good singers today as there were then."

"Where are they?" asked Mr. Browne defiantly.

"In London, Paris, Milan," said Mr. Bartell D'Arcy warmly. "I suppose Caruso, for example, is quite as good, if not better than any of the men you have mentioned."

"Maybe so," said Mr. Browne. "But I may tell you I doubt it strongly."

"O, I'd give anything to hear Caruso sing," said Mary Jane.

"For me," said Aunt Kate, who had been picking a bone, "there was only one tenor. To please me, I mean. But I suppose none of you ever heard of him."

"Who was he, Miss Morkan?" asked Mr. Bartell D'Arcy politely.

"His name," said Aunt Kate, "was Parkinson. I heard him when he was in his prime and I think he had then the purest tenor voice that was ever put into a man's throat."

"Strange," said Mr. Bartell D'Arcy. "I never even heard of him."



"Yes, yes, Miss Morkan is right," said Mr. Browne. "I remember hearing of old Parkinson but he's too far back for me."

"A beautiful, pure, sweet, mellow English tenor," said Aunt Kate with enthusiasm.

Gabriel having finished, the huge pudding was transferred to the table. The clatter of forks and spoons began again. Gabriel's wife served out spoonfuls of the pudding and passed the plates down the table. Midway down they were held up by Mary Jane, who replenished them with raspberry or orange jelly or with blancmange and jam. The pudding was of Aunt Julia's making and she received praises for it from all quarters She herself said that it was not quite brown enough.

"Well, I hope, Miss Morkan," said Mr. Browne, "that I'm brown enough for you because, you know, I'm all brown."

All the gentlemen, except Gabriel, ate some of the pudding out of compliment to Aunt Julia. As Gabriel never ate sweets the celery had been left for him. Freddy Malins also took a stalk of celery and ate it with his pudding. He had been told that celery was a capital thing for the blood and he was just then under doctor's care. Mrs. Malins, who had been silent all through the supper, said that her son was going down to Mount Melleray in a week or so. The table then spoke of Mount Melleray, how bracing the air was down there, how hospitable the monks were and how they never asked for a penny-piece from their guests.

"And do you mean to say," asked Mr. Browne incredulously, "that a chap can go down there and put up there as if it were a hotel and live on the fat of the land and then come away without paying anything?"

"O, most people give some donation to the monastery when they leave." said Mary Jane.

"I wish we had an institution like that in our Church," said Mr. Browne candidly.

He was astonished to hear that the monks never spoke, got up at two in the morning and slept in their coffins. He asked what they did it for.

"That's the rule of the order," said Aunt Kate firmly.



"Yes, but why?" asked Mr. Browne.

Aunt Kate repeated that it was the rule, that was all. Mr. Browne still seemed not to understand. Freddy Malins explained to him, as best he could, that the monks were trying to make up for the sins committed by all the sinners in the outside world. The explanation was not very clear for Mr. Browne grinned and said:

"I like that idea very much but wouldn't a comfortable spring bed do them as well as a coffin?"

"The coffin," said Mary Jane, "is to remind them of their last end."

As the subject had grown lugubrious it was buried in a silence of the table during which Mrs. Malins could be heard saying to her neighbour in an indistinct undertone:

"They are very good men, the monks, very pious men."

The raisins and almonds and figs and apples and oranges and chocolates and sweets were now passed about the table and Aunt Julia invited all the guests to have either port or sherry. At first Mr. Bartell D'Arcy refused to take either but one of his neighbours nudged him and whispered something to him upon which he allowed his glass to be filled. Gradually as the last glasses were being filled the conversation ceased. A pause followed, broken only by the noise of the wine and by unsettlings of chairs. The Misses Morkan, all three, looked down at the tablecloth. Someone coughed once or twice and then a few gentlemen patted the table gently as a signal for silence. The silence came and Gabriel pushed back his chair

The patting at once grew louder in encouragement and then ceased altogether. Gabriel leaned his ten trembling fingers on the tablecloth and smiled nervously at the company. Meeting a row of upturned faces he raised his eyes to the chandelier. The piano was playing a waltz tune and he could hear the skirts sweeping against the drawing-room door. People, perhaps, were standing in the snow on the quay outside, gazing up at the lighted windows and listening to the waltz music. The air was pure there. In the distance lay the park where the trees were weighted with snow. The Wellington Monument wore a gleaming cap of snow that flashed westward over the white field of Fifteen Acres.

He began:



"Ladies and Gentlemen,

"It has fallen to my lot this evening, as in years past, to perform a very pleasing task but a task for which I am afraid my poor powers as a speaker are all too inadequate."

"No, no!" said Mr. Browne.

"But, however that may be, I can only ask you tonight to take the will for the deed and to lend me your attention for a few moments while I endeavour to express to you in words what my feelings are on this occasion.

"Ladies and Gentlemen, it is not the first time that we have gathered together under this hospitable roof, around this hospitable board. It is not the first time that we have been the recipients -- or perhaps, I had better say, the victims -- of the hospitality of certain good ladies."

He made a circle in the air with his arm and paused. Everyone laughed or smiled at Aunt Kate and Aunt Julia and Mary Jane who all turned crimson with pleasure. Gabriel went on more boldly:

"I feel more strongly with every recurring year that our country has no tradition which does it so much honour and which it should guard so jealously as that of its hospitality. It is a tradition that is unique as far as my experience goes (and I have visited not a few places abroad) among the modern nations. Some would say, perhaps, that with us it is rather a failing than anything to be boasted of. But granted even that, it is, to my mind, a princely failing, and one that I trust will long be cultivated among us. Of one thing, at least, I am sure. As long as this one roof shelters the good ladies aforesaid -- and I wish from my heart it may do so for many and many a long year to come -- the tradition of genuine warm-hearted courteous Irish hospitality, which our forefathers have handed down to us and which we in turn must hand down to our descendants, is still alive among us."

A hearty murmur of assent ran round the table. It shot through Gabriel's mind that Miss Ivors was not there and that she had gone away discourteously: and he said with confidence in himself:

"Ladies and Gentlemen,



"A new generation is growing up in our midst, a generation actuated by new ideas and new principles. It is serious and enthusiastic for these new ideas and its enthusiasm, even when it is misdirected, is, I believe, in the main sincere. But we are living in a sceptical and, if I may use the phrase, a thought-tormented age: and sometimes I fear that this new generation, educated or hypereducated as it is, will lack those qualities of humanity, of hospitality, of kindly humour which belonged to an older day. Listening tonight to the names of all those great singers of the past it seemed to me, I must confess, that we were living in a less spacious age. Those days might, without exaggeration, be called spacious days: and if they are gone beyond recall let us hope, at least, that in gatherings such as this we shall still speak of them with pride and affection, still cherish in our hearts the memory of those dead and gone great ones whose fame the world will not willingly let die."

"Hear, hear!" said Mr. Browne loudly.

"But yet," continued Gabriel, his voice falling into a softer inflection, "there are always in gatherings such as this sadder thoughts that will recur to our minds: thoughts of the past, of youth, of changes, of absent faces that we miss here tonight. Our path through life is strewn with many such sad memories: and were we to brood upon them always we could not find the heart to go on bravely with our work among the living. We have all of us living duties and living affections which claim, and rightly claim, our strenuous endeavours.

"Therefore, I will not linger on the past. I will not let any gloomy moralising intrude upon us here tonight. Here we are gathered together for a brief moment from the bustle and rush of our everyday routine. We are met here as friends, in the spirit of good-fellowship, as colleagues, also to a certain extent, in the true spirit of camaraderie, and as the guests of -- what shall I call them? -- the Three Graces of the Dublin musical world."

The table burst into applause and laughter at this allusion. Aunt Julia vainly asked each of her neighbours in turn to tell her what Gabriel had said.

"He says we are the Three Graces, Aunt Julia," said Mary Jane.

Aunt Julia did not understand but she looked up, smiling, at Gabriel, who continued in the same vein:

"Ladies and Gentlemen,



"I will not attempt to play tonight the part that Paris played on another occasion. I will not attempt to choose between them. The task would be an invidious one and one beyond my poor powers. For when I view them in turn, whether it be our chief hostess herself, whose good heart, whose too good heart, has become a byword with all who know her, or her sister, who seems to be gifted with perennial youth and whose singing must have been a surprise and a revelation to us all tonight, or, last but not least, when I consider our youngest hostess, talented, cheerful, hard-working and the best of nieces, I confess, Ladies and Gentlemen, that I do not know to which of them I should award the prize."

Gabriel glanced down at his aunts and, seeing the large smile on Aunt Julia's face and the tears which had risen to Aunt Kate's eyes, hastened to his close. He raised his glass of port gallantly, while every member of the company fingered a glass expectantly, and said loudly:

"Let us toast them all three together. Let us drink to their health, wealth, long life, happiness and prosperity and may they long continue to hold the proud and self-won position which they hold in their profession and the position of honour and affection which they hold in our hearts."

Interludio musical: Bill Dixon & Chris Dove

5. Lectores: Pilar Pastor & Damian Gallagher

Todos los huéspedes se levantaron, copa en mano, y, volviéndose a las tres damas sentadas, cantaron al unísono, con Mr Browne como guía: Pues son jocosas y ufanas, Pues son jocosas y ufanas, Pues son jocosas y ufanas, Nadie lo puede negar! La tía Kate hacía uso descarado de su pañuelo y hasta tía Julia parecía conmovida. Freddy Malins marcaba el tiempo con su tenedor de postre y los cantantes se miraron cara a cara, como en melodioso concurso, mientras cantaban con énfasis: A menos que diga mentira, A menos que diga mentira... Y volviéndose una vez más a sus anfitrionas, entonaron: Pues son jocosas y ufanas, Pues son jocosas y ufanas, Pues son jocosas y ufanas, Nadie lo puede negar! La aclamación que siguió fue acogida más allá de las puertas del comedor por muchos otros invitados y renovada una y otra vez, con Freddy Malins de tambor mayor, tenedor en ristre.

El frío y penetrante aire de la madrugada se coló en el salón en que esperaban, por lo que tía Kate dijo: -Que alguien cierre esa puerta. Mrs Malins se va a morir de frío. –

Browne está fuera, tía Kate -dijo Mary Jane. -Browne está en todas partes -dijo tía Kate, bajando la voz. Mary Jane se rió de su tono de voz. -¡Vaya -dijo socarrona- si es



atento! -Se nos ha expandido como el gas -dijo la tía Kate en el mismo tono- por todas las Navidades. Se rió de buena gana esta vez y añadió enseguida: -Pero dile que entre, Mary Jane, y cierra la puerta. Ojalá que no me haya oído. En ese momento se abrió la puerta del zaguán y del portal y entró Mr Browne desternillándose de risa. Vestía un largo gabán verde con cuello y puños de imitación de astrakán, y llevaba en la cabeza un gorro de piel ovalado. Señaló para el malecón nevado de donde venía un sonido penetrante de silbidos. -Teddy va a hacer venir todos los coches de Dublín -dijo. Gabriel avanzó del desván detrás de la oficina, luchando por meterse en su abrigo y, mirando alrededor, dijo: -¿No bajó ya Gretta? -Está recogiendo sus cosas, Gabriel -dijo tía Kate. -¿Quién toca arriba? -preguntó Gabriel. -Nadie. Todos se han ido ya. -Oh, no, tía Kate -dijo Mary Jane-. Bartell D'Arcy y Miss O'Callaghan no se han ido todavía. -En todo caso, alguien teclea al piano --dijo Gabriel. Mary Jane miró a Gabriel y a Mr Browne y dijo, tiritando: -Me da frío nada más de mirarlos a ustedes, caballeros, abrigados así como están. No me gustaría nada tener que hacer el viaje que van a hacer ustedes de vuelta a casa a esta hora. -Nada me gustaría más en este momento -dijo Mr Browne, atlético- que una crujiente caminata por el campo o una carrera con un buen trotón entre las varas. -Antes teníamos un caballo muy bueno y coche en casa -dijo tía Julia con tristeza. -El Nunca Olvidado Johnny -dijo Mary Jane, riendo. La tía Kate y Gabriel rieron también. -Vaya, ¿y qué tenía de extraordinario este Johnny? -preguntó Mr Browne. -El Muy Malogrado Patrick Morkan, es decir, nuestro abuelo -explicó Gabriel-, comúnmente conocido en su edad proveya como el caballero viejo, fabricaba cola. -Ah, vamos, Gabriel -dijo tía Kate, riendo-, tenía una fábrica de almidón. -Bien, almidón o cola --dijo Gabriel-, el caballero viejo tenía un caballo que respondía al nombre de Johnny. Y Johnny trabajaba en el molino del caballero viejo, dando vueltas y vueltas a la noria. Hasta aquí todo va bien, pero ahora viene la trágica historia de Johnny. Un buen día se le ocurrió al caballero viejo ir a dar un paseo en coche con la gente de postín a ver una parada en el bosque. -El Señor tenga piedad de su alma -dijo tía Kate, compasiva. -Amén -dijo Gabriel-. Así, el caballero viejo, como dije, le puso el arnés a Johnny y se puso él su mejor chistera y su mejor cuello duro y sacó su coche con mucho estilo de su mansión ancestral cerca del callejón de Back Lane, si no me equivoco. Todos rieron, hasta Mrs Malins, de la manera en que Gabriel lo dijo y tía Kate dijo: - Oh, vaya, Gabriel, que no vivía en Back Lane, vamos. Nada más que tenía allí su fábrica. -De la casa de sus antepasados -continuó Gabriel- salió, pues, el coche tirado por Johnny. Y todo iba de lo más bien hasta que Johnny vio la estatua de Guillermito: sea porque se enamorara del caballo de Guillermito el rey o porque se creyera que estaba de regreso en la fábrica, la cuestión es que empezó a darle vueltas a la estatua. Gabriel trotó en círculos con sus galochas en medio de la carcajada general. -Vueltas y vueltas le daba --dijo Gabriel-, hasta que el caballero viejo, que era un viejo caballero muy pomposo, se indignó terriblemente. ¡Vamos, señor! ¿Pero qué



es eso de señor? ¡Johnny! ¡Johnny! ¡Extraño comportamiento! ¡No comprendo a este caballo! Las risotadas que siguieron a la interpretación que Gabriel dio al incidente quedaron interrumpidas por un resonante golpe en la puerta del zaguán. Mary Jane corrió a abrirla para dejar entrar a Freddy Malins, quien, con el sombrero bien echado hacia atrás en la cabeza y los hombros encogidos de frío, soltaba vapor después de semejante esfuerzo. -No conseguí más que un coche -dijo. -Bueno, encontraremos nosotros otro por el malecón -dijo Gabriel. -Sí -dijo tía Kate-. Lo mejor es evitar que Mrs Malins se quede ahí parada en la corriente. Su hijo y Mr Browne ayudaron a Mrs Malins a bajar el quicio de la puerta y, después de muchas maniobras, la alzaron hasta el coche. Freddy Malins se encaramó detrás de ella y estuvo mucho tiempo colocándola en su asiento, ayudado por los consejos de Mr Browne. Por fin se acomodó ella y Freddy Malins invitó a Mr Browne a subir al coche. Se oyó una conversación confusa y después Mr Browne entró al coche. El cochero se arregló la manta sobre el regazo y se inclinó a preguntar la dirección. La confusión se hizo mayor y Freddy Malins y Mr Browne, sacando cada uno la cabeza por la ventanilla, dirigieron al cochero en direcciones distintas. El problema era saber dónde en el camino había que dejar a Mr Browne, y tía Kate, tía Julia y Mary Jane contribuían a la discusión desde el portal con direcciones cruzadas y contradicciones y carcajadas. En cuanto a Freddy Malins, no podía hablar por la risa. Sacaba la cabeza de vez en cuando por la ventanilla, con mucho riesgo de perder el sombrero, y luego le contaba a su madre cómo iba la discusión, hasta que, finalmente, Mr Browne le dio un grito al confundido cochero por sobre el ruido de las risas. -¿Sabe usted dónde queda Trinity College? -Sí, señor -dijo el cochero. -Muy bien, siga entonces derecho hasta dar contra la portada de Trinity College -d-dijo Mr Browne- y ya le diré yo por dónde coger. ¿Entiende ahora? -Sí, señor -dijo el cochero. -Volando hasta Trinity College. -Entendido, señor -gritó el cochero. Unos foetazos al caballo y el coche traqueteó por la orilla del río en medio de un coro de risas y de adioses.

Gabriel no había salido a la puerta con los demás. Se quedó en la oscuridad del zaguán mirando hacia la escalera. Había una mujer parada en lo alto del primer descanso, en las sombras también. No podía verle a ella la cara, pero podía ver retazos del vestido, color terracota y salmón, que la oscuridad hacía parecer blanco y negro. Era su mujer. Se apoyaba en la baranda, oyendo algo. Gabriel se sorprendió de su inmovilidad y aguzó el oído para oír él también. Pero no podía oír más que el ruido de las risas y de la discusión del portal, unos pocos acordes del piano y las notas de una canción cantada por un hombre. Se quedó inmóvil en el zaguán sombrío, tratando de captar la canción que cantaba aquella voz y escudriñando a su mujer. Había misterio y gracia en su pose, como si fuera ella el símbolo de algo. Se preguntó de qué podía ser símbolo una mujer de pie en una escalera oyendo una melodía lejana. Si fuera pintor la pintaría en esa



misma posición. El sombrero de fieltro azul destacaría el bronce de su pelo recortado en la sombra y los fragmentos oscuros de su traje pondrían las partes claras de relieve. Lejana Melodía llamaría él al cuadro, si fuera pintor. Cerraron la puerta del frente y tía Kate, tía Julia y Mary Jane regresaron al zaguán riendo todavía. -¡Vaya con ese Freddy, es terrible! -dijo Mary Jane-. ¡Terrible! Gabriel no dijo nada sino que señaló hacia las escaleras, hacia donde estaba parada su mujer. Ahora, con la puerta del zaguán cerrada, se podían oír más claros la voz y el piano. Gabriel levantó la mano en señal de silencio. La canción parecía estar en el antiguo tono irlandés y el cantante no parecía estar seguro de la letra ni de su voz. La voz, que sonaba plañidera por la distancia y la ronquera del cantante, subrayaba débilmente las cadencias de aquella canción con palabras que expresaban tanto dolor: Oh, la lluvia cae sobre mi pesado pelo Y el rocío moja la piel de mi cara, Mi hijo yace aterido de frío... -Ay -exclamó Mary Jane-. Es Bartell D'Arcy cantando y no quiso cantar en toda la noche. Ah, voy a hacerle que cante una canción antes de irse. -Oh, sí, Mary Jane -dijo tía Kate. Mary Jane pasó rozando a los otros y corrió hacia la escalera, pero antes de llegar allá la música dejó de oírse y alguien cerró el piano de un golpe. -¡Ay, qué pena! -se lamentó-. ¿Ya viene para abajo, Gretta? Gabriel oyó a su mujer decir que sí y la vio bajar hacia ellos. Unos pasos detrás venían Bartell D'Arcy y Miss O'Callaghan. -¡Oh, Mr D'Arcy -exclamó Mary Jane-, muy egoísta de su parte acabar así de pronto cuando todos le oíamos arrobados! -He estado detrás de él toda la noche -dijo Miss O'Callaghan- y también Mrs Conroy, y nos decía que tiene un catarro terrible y no podía cantar. -Ah, Mr D'Arcy -dijo la tía Kate-, mire que decir tal embuste. -¿No se dan cuenta de que estoy más ronco que una rana? -dijo Mr D'Arcy grosero. Entró apurado al cuarto de desahogo a ponerse su abrigo. Los demás, pasmados ante su ruda respuesta, no hallaban qué decir. Tía Kate encogió las cejas y les hizo señas a todos de que olvidaran el asunto. Mr D'Arcy, ceñudo, se abrigaba la garganta con cuidado. -Es el tiempo -dijo tía Julia, luego de una pausa. -Sí, todo el mundo tiene catarro -dijo tía Kate enseguida-, todo el mundo. -Dicen -dijo Mary Jane- que no habíamos tenido una nevada así en treinta años; y leí esta mañana en los periódicos que nieva en toda Irlanda. -A mí me gusta ver la nieve -dijo tía Julia con tristeza. -Y a mí -dijo Miss O'Callaghan-. Yo creo que las Navidades no son nunca verdaderas Navidades si el suelo no está nevado. -Pero al pobre de Mr D'Arcy no le gusta la nieve -dijo tía Kate sonriente. Mr D'Arcy salió del cuarto de desahogo todo abrigado y abotonado y en son de arrepentimiento les hizo la historia de su catarro. Cada uno le dio un consejo diferente, le dijeron que era una verdadera lástima y lo urgieron a que se cuidara mucho la garganta del sereno. Gabriel miraba a su mujer, que no se mezcló en la conversación. Estaba de pie debajo del reverbero y la llama del gas iluminaba el vivo bronce de su pelo, que él había visto a ella secar al fuego unos días antes. Seguía en su actitud y parecía no estar consciente de la conversación a su alrededor. Finalmente, se volvió y Gabriel pudo ver que tenía las mejillas coloradas y



los ojos brillosos. Una súbita marca de alegría inundó su corazón. -Mr D'Arcy -dijo ella-, ¿cuál es el nombre de esa canción que usted cantó? -Se llama La joven de Aughrim - dijo Mr D'Arcy-, pero no la puedo recordar muy bien. ¿Por qué? ¿La conoce? -La joven de Aughrim -repitió ella-. No podía recordar el nombre. -Linda melodía -dijo Mary Jane-. Qué pena que no estuviera usted en voz esta noche. -Vamos, Mary Jane -dijo tía Kate-. No importunes a Mr D'Arcy. No quiero que se vaya a poner bravo. Viendo que estaban todos listos para irse comenzó a pastorearlos hacia la puerta donde se despidieron: -Bueno, tía Kate, buenas noches y gracias por la velada tan grata. -Buenas noches, Gabriel. ¡Buenas noches, Gretta! -Buenas noches, tía Kate, y un millón de gracias. Buenas noches, tía Julia. -Ah, buenas noches, Gretta, no te había visto. -Buenas noches, Mr D'Arcy. Buenas noches, Miss O'Callaghan. -Buenas noches, Miss Morkan. - Buenas noches, de nuevo. -Buenas noches a todos. Vayan con Dios. -Buenas noches. Buenas noches. Todavía era oscuro. Una palidez cetrina se cernía sobre las casas y el río; y el cielo parecía estar bajando. El suelo se hacía fango bajo los pies y sólo quedaban retazos de nieve sobre los techos, en el muro del malecón y en las barandas de los alrededores. Las lámparas ardían todavía con un fulgor rojo en el aire lóbrego y, al otro lado del río, el palacio de las Cuatro Cortes se erguía amenazador contra el cielo oneroso.

Interludio musical: Bill Dixon & Chris Dove

6. Reader: Bill Dixon

She was walking on before him with Mr. Bartell D'Arcy, her shoes in a brown parcel tucked under one arm and her hands holding her skirt up from the slush. She had no longer any grace of attitude, but Gabriel's eyes were still bright with happiness. The blood went bounding along his veins; and the thoughts went rioting through his brain, proud, joyful, tender, valorous.

She was walking on before him so lightly and so erect that he longed to run after her noiselessly, catch her by the shoulders and say something foolish and affectionate into her ear. She seemed to him so frail that he longed to defend her against something and then to be alone with her. Moments of their secret life together burst like stars upon his memory. A heliotrope envelope was lying beside his breakfast-cup and he was caressing it with his hand. Birds were twittering in the ivy and the sunny web of the curtain was shimmering along the floor: he could not eat for happiness. They were standing on the crowded platform and he was placing a ticket inside the warm palm of her glove. He was standing with her in the cold, looking in through a grated window at a man making bottles in a roaring furnace. It was very cold. Her face, fragrant in the cold air, was quite close to his; and suddenly he called out to the man at the furnace:



"Is the fire hot, sir?"

But the man could not hear with the noise of the furnace. It was just as well. He might have answered rudely.

A wave of yet more tender joy escaped from his heart and went coursing in warm flood along his arteries. Like the tender fire of stars moments of their life together, that no one knew of or would ever know of, broke upon and illumined his memory. He longed to recall to her those moments, to make her forget the years of their dull existence together and remember only their moments of ecstasy. For the years, he felt, had not quenched his soul or hers. Their children, his writing, her household cares had not quenched all their souls' tender fire. In one letter that he had written to her then he had said: "Why is it that words like these seem to me so dull and cold? Is it because there is no word tender enough to be your name?"

Like distant music these words that he had written years before were borne towards him from the past. He longed to be alone with her. When the others had gone away, when he and she were in the room in the hotel, then they would be alone together. He would call her softly:

"Gretta!"

Perhaps she would not hear at once: she would be undressing. Then something in his voice would strike her. She would turn and look at him....

At the corner of Winetavern Street they met a cab. He was glad of its rattling noise as it saved him from conversation. She was looking out of the window and seemed tired. The others spoke only a few words, pointing out some building or street. The horse galloped along wearily under the murky morning sky, dragging his old rattling box after his heels, and Gabriel was again in a cab with her, galloping to catch the boat, galloping to their honeymoon.

As the cab drove across O'Connell Bridge Miss O'Callaghan said:

"They say you never cross O'Connell Bridge without seeing a white horse."

"I see a white man this time," said Gabriel.



"Where?" asked Mr. Bartell D'Arcy.

Gabriel pointed to the statue, on which lay patches of snow. Then he nodded familiarly to it and waved his hand.

"Good-night, Dan," he said gaily.

When the cab drew up before the hotel, Gabriel jumped out and, in spite of Mr. Bartell D'Arcy's protest, paid the driver. He gave the man a shilling over his fare. The man saluted and said:

"A prosperous New Year to you, sir."

"The same to you," said Gabriel cordially.

She leaned for a moment on his arm in getting out of the cab and while standing at the curbstone, bidding the others good-night. She leaned lightly on his arm, as lightly as when she had danced with him a few hours before. He had felt proud and happy then, happy that she was his, proud of her grace and wifely carriage. But now, after the kindling again of so many memories, the first touch of her body, musical and strange and perfumed, sent through him a keen pang of lust. Under cover of her silence he pressed her arm closely to his side; and, as they stood at the hotel door, he felt that they had escaped from their lives and duties, escaped from home and friends and run away together with wild and radiant hearts to a new adventure.

An old man was dozing in a great hooded chair in the hall. He lit a candle in the office and went before them to the stairs. They followed him in silence, their feet falling in soft thuds on the thickly carpeted stairs. She mounted the stairs behind the porter, her head bowed in the ascent, her frail shoulders curved as with a burden, her skirt girt tightly about her. He could have flung his arms about her hips and held her still, for his arms were trembling with desire to seize her and only the stress of his nails against the palms of his hands held the wild impulse of his body in check. The porter halted on the stairs to settle his guttering candle. They halted, too, on the steps below him. In the silence Gabriel could hear the falling of the molten wax into the tray and the thumping of his own heart against his ribs.

The porter led them along a corridor and opened a door. Then he set his unstable candle down on a toilet-table and asked at what hour they were to be called in the morning.



"Eight," said Gabriel.

The porter pointed to the tap of the electric-light and began a muttered apology, but Gabriel cut him short.

"We don't want any light. We have light enough from the street. And I say," he added, pointing to the candle, "you might remove that handsome article, like a good man."

The porter took up his candle again, but slowly, for he was surprised by such a novel idea. Then he mumbled good-night and went out. Gabriel shot the lock to.

A ghastly light from the street lamp lay in a long shaft from one window to the door. Gabriel threw his overcoat and hat on a couch and crossed the room towards the window. He looked down into the street in order that his emotion might calm a little. Then he turned and leaned against a chest of drawers with his back to the light. She had taken off her hat and cloak and was standing before a large swinging mirror, unhooking her waist. Gabriel paused for a few moments, watching her, and then said:

"Gretta! "

She turned away from the mirror slowly and walked along the shaft of light towards him. Her face looked so serious and weary that the words would not pass Gabriel's lips. No, it was not the moment yet.

"You looked tired," he said.

"I am a little," she answered.

"You don't feel ill or weak?"

"No, tired: that's all."

She went on to the window and stood there, looking out. Gabriel waited again and then, fearing that diffidence was about to conquer him, he said abruptly:

"By the way, Gretta!"

"What is it?"



"You know that poor fellow Malins?" he said quickly.

"Yes. What about him?"

"Well, poor fellow, he's a decent sort of chap, after all," continued Gabriel in a false voice. "He gave me back that sovereign I lent him, and I didn't expect it, really. It's a pity he wouldn't keep away from that Browne, because he's not a bad fellow, really."

He was trembling now with annoyance. Why did she seem so abstracted? He did not know how he could begin. Was she annoyed, too, about something? If she would only turn to him or come to him of her own accord! To take her as she was would be brutal. No, he must see some ardour in her eyes first. He longed to be master of her strange mood.

"When did you lend him the pound?" she asked, after a pause.

Gabriel strove to restrain himself from breaking out into brutal language about the sottish Malins and his pound. He longed to cry to her from his soul, to crush her body against his, to overmaster her. But he said:

"O, at Christmas, when he opened that little Christmas-card shop in Henry Street."

He was in such a fever of rage and desire that he did not hear her come from the window. She stood before him for an instant, looking at him strangely. Then, suddenly raising herself on tiptoe and resting her hands lightly on his shoulders, she kissed him.

"You are a very generous person, Gabriel," she said.

Gabriel, trembling with delight at her sudden kiss and at the quaintness of her phrase, put his hands on her hair and began smoothing it back, scarcely touching it with his fingers. The washing had made it fine and brilliant. His heart was brimming over with happiness. Just when he was wishing for it she had come to him of her own accord. Perhaps her thoughts had been running with his. Perhaps she had felt the impetuous desire that was in him, and then the yielding mood had come upon her. Now that she had fallen to him so easily, he wondered why he had been so diffident.

He stood, holding her head between his hands. Then, slipping one arm swiftly about her body and drawing her towards him, he said softly:



"Gretta, dear, what are you thinking about?"

She did not answer nor yield wholly to his arm. He said again, softly:

"Tell me what it is, Gretta. I think I know what is the matter. Do I know?"

She did not answer at once. Then she said in an outburst of tears:

"O, I am thinking about that song, The Lass of Aughrim."

She broke loose from him and ran to the bed and, throwing her arms across the bed-rail, hid her face. Gabriel stood stockstill for a moment in astonishment and then followed her. As he passed in the way of the cheval-glass he caught sight of himself in full length, his broad, well-filled shirt-front, the face whose expression always puzzled him when he saw it in a mirror, and his glimmering gilt-rimmed eyeglasses. He halted a few paces from her and said:

"What about the song? Why does that make you cry?"

She raised her head from her arms and dried her eyes with the back of her hand like a child. A kinder note than he had intended went into his voice.

"Why, Gretta?" he asked.

"I am thinking about a person long ago who used to sing that song."

"And who was the person long ago?" asked Gabriel, smiling.

"It was a person I used to know in Galway when I was living with my grandmother," she said.

The smile passed away from Gabriel's face. A dull anger began to gather again at the back of his mind and the dull fires of his lust began to glow angrily in his veins.

"Someone you were in love with?" he asked ironically.

"It was a young boy I used to know," she answered, "named Michael Furey. He used to sing that song, The Lass of Aughrim. He was very delicate."



Gabriel was silent. He did not wish her to think that he was interested in this delicate boy.

"I can see him so plainly," she said, after a moment. "Such eyes as he had: big, dark eyes! And such an expression in them -- an expression!"

"O, then, you are in love with him?" said Gabriel.

"I used to go out walking with him," she said, "when I was in Galway."

A thought flew across Gabriel's mind.

"Perhaps that was why you wanted to go to Galway with that Ivors girl?" he said coldly.

She looked at him and asked in surprise:

"What for?"

Her eyes made Gabriel feel awkward. He shrugged his shoulders and said:

"How do I know? To see him, perhaps."

She looked away from him along the shaft of light towards the window in silence.

"He is dead," she said at length. "He died when he was only seventeen. Isn't it a terrible thing to die so young as that?"

"What was he?" asked Gabriel, still ironically.

"He was in the gasworks," she said.

Gabriel felt humiliated by the failure of his irony and by the evocation of this figure from the dead, a boy in the gasworks. While he had been full of memories of their secret life together, full of tenderness and joy and desire, she had been comparing him in her mind with another. A shameful consciousness of his own person assailed him. He saw himself as a ludicrous figure, acting as a pennyboy for his aunts, a nervous, well-meaning sentimentalist, orating to vulgarians and idealising his own clownish lusts, the pitiable fatuous fellow he had caught a glimpse of in the mirror. Instinctively



he turned his back more to the light lest she might see the shame that burned upon his forehead.

He tried to keep up his tone of cold interrogation, but his voice when he spoke was humble and indifferent.

"I suppose you were in love with this Michael Furey, Gretta," he said.

"I was great with him at that time," she said.

Her voice was veiled and sad. Gabriel, feeling now how vain it would be to try to lead her whither he had purposed, caressed one of her hands and said, also sadly:

"And what did he die of so young, Gretta? Consumption, was it?"

"I think he died for me," she answered.

A vague terror seized Gabriel at this answer, as if, at that hour when he had hoped to triumph, some impalpable and vindictive being was coming against him, gathering forces against him in its vague world. But he shook himself free of it with an effort of reason and continued to caress her hand. He did not question her again, for he felt that she would tell him of herself. Her hand was warm and moist: it did not respond to his touch, but he continued to caress it just as he had caressed her first letter to him that spring morning.

"It was in the winter," she said, "about the beginning of the winter when I was going to leave my grandmother's and come up here to the convent. And he was ill at the time in his lodgings in Galway and wouldn't be let out, and his people in Oughterard were written to. He was in decline, they said, or something like that. I never knew rightly."

She paused for a moment and sighed.

"Poor fellow," she said. "He was very fond of me and he was such a gentle boy. We used to go out together, walking, you know, Gabriel, like the way they do in the country. He was going to study singing only for his health. He had a very good voice, poor Michael Furey."

"Well; and then?" asked Gabriel.



"And then when it came to the time for me to leave Galway and come up to the convent he was much worse and I wouldn't be let see him so I wrote him a letter saying I was going up to Dublin and would be back in the summer, and hoping he would be better then."

She paused for a moment to get her voice under control, and then went on:

"Then the night before I left, I was in my grandmother's house in Nuns' Island, packing up, and I heard gravel thrown up against the window. The window was so wet I couldn't see, so I ran downstairs as I was and slipped out the back into the garden and there was the poor fellow at the end of the garden, shivering."

"And did you not tell him to go back?" asked Gabriel.

"I implored of him to go home at once and told him he would get his death in the rain. But he said he did not want to live. I can see his eyes as well as well! He was standing at the end of the wall where there was a tree."

"And did he go home?" asked Gabriel.

"Yes, he went home. And when I was only a week in the convent he died and he was buried in Oughterard, where his people came from. O, the day I heard that, that he was dead!"

She stopped, choking with sobs, and, overcome by emotion, flung herself face downward on the bed, sobbing in the quilt. Gabriel held her hand for a moment longer, irresolutely, and then, shy of intruding on her grief, let it fall gently and walked quietly to the window.

She was fast asleep.

Gabriel, leaning on his elbow, looked for a few moments unresentfully on her tangled hair and half-open mouth, listening to her deep-drawn breath. So she had had that romance in her life: a man had died for her sake. It hardly pained him now to think how poor a part he, her husband, had played in her life. He watched her while she slept, as though he and she had never lived together as man and wife. His curious eyes rested long upon her face and on her hair: and, as he thought of what she must have



been then, in that time of her first girlish beauty, a strange, friendly pity for her entered his soul. He did not like to say even to himself that her face was no longer beautiful, but he knew that it was no longer the face for which Michael Furey had braved death.

Perhaps she had not told him all the story. His eyes moved to the chair over which she had thrown some of her clothes. A petticoat string dangled to the floor. One boot stood upright, its limp upper fallen down: the fellow of it lay upon its side. He wondered at his riot of emotions of an hour before. From what had it proceeded? From his aunt's supper, from his own foolish speech, from the wine and dancing, the merry-making when saying good-night in the hall, the pleasure of the walk along the river in the snow. Poor Aunt Julia! She, too, would soon be a shade with the shade of Patrick Morkan and his horse. He had caught that haggard look upon her face for a moment when she was singing *Arrayed for the Bridal*. Soon, perhaps, he would be sitting in that same drawing-room, dressed in black, his silk hat on his knees. The blinds would be drawn down and Aunt Kate would be sitting beside him, crying and blowing her nose and telling him how Julia had died. He would cast about in his mind for some words that might console her, and would find only lame and useless ones. Yes, yes: that would happen very soon.

The air of the room chilled his shoulders. He stretched himself cautiously along under the sheets and lay down beside his wife. One by one, they were all becoming shades. Better pass boldly into that other world, in the full glory of some passion, than fade and wither dimly with age. He thought of how she who lay beside him had locked in her heart for so many years that image of her lover's eyes when he had told her that he did not wish to live.

Generous tears filled Gabriel's eyes. He had never felt like that himself towards any woman, but he knew that such a feeling must be love. The tears gathered more thickly in his eyes and in the partial darkness he imagined he saw the form of a young man standing under a dripping tree. Other forms were near. His soul had approached that region where dwell the vast hosts of the dead. He was conscious of, but could not apprehend, their wayward and flickering existence. His own identity was fading out into a grey impalpable world: the solid world itself, which these dead had one time reared and lived in, was dissolving and dwindling.

A few light taps upon the pane made him turn to the window. It had begun to snow again. He watched sleepily the flakes, silver and dark, falling obliquely against the lamplight. The time had come for him to set out on his journey westward. Yes, the



newspapers were right: snow was general all over Ireland. It was falling on every part of the dark central plain, on the treeless hills, falling softly upon the Bog of Allen and, farther westward, softly falling into the dark mutinous Shannon waves. It was falling, too, upon every part of the lonely churchyard on the hill where Michael Furey lay buried. It lay thickly drifted on the crooked crosses and headstones, on the spears of the little gate, on the barren thorns. His soul swooned slowly as he heard the snow falling faintly through the universe and faintly falling, like the descent of their last end, upon all the living and the dead.

Finale: Bill Dixon & Chris Dove